

Asia, Europa y América.

Saga del Gran Almirante

Eugenio Rom¹

Resulta absolutamente imposible explicar la situación política imperante en Europa en los años que ocuparon la atención de los grandes navegantes y sus reyes protectores, si no nos remontamos al hecho desencadenante fundamental, ocurrido cuatro décadas antes del arribo de la expedición de Colón a estas costas: la caída del Imperio Romano de Oriente.

A partir de la caída de Constantinopla y a lo largo de las siguientes décadas, el Imperio Otomano fue gradualmente avanzando sobre la Europa Central, ocupó prácticamente la totalidad de la Península Balcánica y terminó poniendo sitio a Viena, la orgullosa Capital del Imperio Germánico. Temblaban los cimientos de la civilización greco-romana occidental y lo que sería consecuencia de ello, todo el Cristianismo estaba en peligro.

Hay una mitología infantil que atribuye el hecho del descubrimiento a una expedición en busca de "especies" de uso medicinal y especialmente en el rubro de platos de cocina. Esto forma parte del repertorio de falsificaciones que, por diferentes razones, se ha llevado adelante durante los últimos siglos en torno al hecho colombino. Los motivos principales fueron: a) la propia casa real española intentó disminuir los méritos de Colón, y con ellos las prebendas que en las capitulaciones originales había otorgado al Almirante y sus descendientes; b) la mala fe de las naciones del norte de Europa, que buscando la forma de arrebatar un pedazo del botín territorial, inventaron las teorías de la "casualidad" que determinó el descubrimiento y luego los supuestos "abusos" de los conquistadores y evangelizadores españoles. Sobre este último punto, basta ver a la América del Sur poblada de descendientes de indios y mestizos y el contraste con la América Anglo-Sajona, con la desaparición de su población original. Creo que este ejemplo basta, pero, no obstante, aún hoy hay quien sigue sosteniendo las "leyendas negras" inventadas por los hombres del norte.

La verdad de los hechos se ha ido abriendo paso a lo largo de los últimos años; y con ellos, han surgido investigadores de gran talla en el

mundo entero que han puesto las cosas en su lugar. En nuestra patria tenemos el honor de contar con el doctor Enrique de Gandía, uno de los sabios colombinos más destacados del mundo y sin duda alguna, el más importante de América.

Voy a referirme, pues, a una serie de datos que por su importancia deben ser tenidos muy en cuenta como antecedentes del descubrimiento y que constituyen la explicación racional de lo acontecido con posterioridad.

Desde muchos siglos antes, se sabía con certeza en los ambientes de los hombres de mar que había tierras del otro lado del mar Atlántico. Por supuesto que no las gentes del pueblo, en su mayoría analfabetos y, lo que es peor, supersticiosos. Pero sí los hombres de instrucción, que, al fin y al cabo, eran los que gobernaban y decidían sobre estas cosas.

De las referencias obtenidas por un contacto inmediato, a través del Atlántico, hay muy poco o casi nada en concreto. Lo único realmente válido, es el antecedente de los viajes de los vikingos y su conocimiento de las tierras de Groenlandia y del norte de lo que es hoy el Canadá y su isla del Labrador. Debe tenerse en cuenta que en aquellos tiempos el clima de esas tierras era más cálido que en la actualidad y que, por lo tanto, pudieron establecerse allí por espacio de más de un siglo asentamientos permanentes que luego fueron abandonados.

Pero, el hecho real es que, durante los cuatro siglos siguientes, sobreviene un largo silencio histórico.

Existían, sí, los viejos mapamundis y cartas geográficas, con más de mil años de antigüedad el más remoto, del año 600 antes de Cristo, compuesto por Hecateo de Mileto. Pero el primero que toma la tierra en su redondez es Eratóstenes de Cirene, 300 años antes de Cristo, que llega, incluso, a medir su circunferencia con un error realmente mínimo en relación con las comprobaciones posteriores. Finalmente, Claudio Ptolomeo, en el segundo siglo después de Cristo, ratifica la redondez de la tierra y lega al mundo científico su famoso globo terráqueo, cuyo único error notorio es haber dimensionado en forma equivocada el espacio del Océano Pacífico, al que bautiza "Signus Magnum".

Ptolomeo se inspira en Marino de Tiro, quien vivió en tiempos anteriores al suyo. Para terminar esta etapa, el Emperador Teodosio ordena en el año 393 que se proceda a la mensura de la tierra por una comisión de científicos. No han llegado a nosotros sus resultados, si es que los hubo.

Luego sobreviene un largo período en el que Europa cae en poder de los bárbaros, la ciencia retrocede y se instala en su lugar la superstición. La tierra vuelve a ser plana y la sabiduría se confunde con la brujería y la magia.

Recién con Marco Polo empiezan a tenerse noticias ciertas de tierras en Asia que no estaban unidas a la plataforma continental. Son muy confusas, pero ya están allí otros misioneros y viajeros que comienzan a enviar datos. Empieza a tenerse la seguridad de que hay islas, tal vez tierras más grandes. Se habla de palacios y de piedras preciosas. También de oro. Ya sabemos el efecto que esa palabra produce en los descendientes de Caín.

El interés aumentaba, partían naves de exploración, buscando pasos por Oriente. Se habla de personajes mitológicos: "El Preste Juan" y "El Viejo de las Montañas", son los más conocidos.

Tal vez hayan existido; no se descarta. No todo tiene que ser invención. Además, la experiencia indica que todos los mitos tienen un origen que no es mitológico. Nacen de un hecho real, distinto, pero real.

En concreto, las noticias reales sobre las tierras nuevas se recibían por Oriente, no por Occidente. Ahora cabe preguntarse, ¿quién pobló las tierras que hoy llamamos América? Creo que a esta altura de los conocimientos, ya no cabe ninguna duda: América fue poblada desde el territorio asiático. Los rasgos de esos pueblos, su pigmentación, las poblaciones insulares del Pacífico, su comunicación por las tierras del norte, que hace sólo unos cientos de años existía así lo prueban. No cabe ninguna duda, los territorios que hoy forman la América eran una parte lateral, pero una parte conocida del Asia, y sus habitantes eran de su misma raza. Y lo que es definitivo: Los habitantes de esas tierras siempre supieron de su existencia y de ellos provinieron las noticias de las islas y tierras más allá del "Signus Magnum" de Ptolomeo.

Pero ya estamos prácticamente en el siglo XV, con ello el enorme problema político de la Cristiandad. No hay mejor consejero que la necesidad; y es por ello, por necesidad, que empiezan a moverse los poderosos.

Los reyes, los comerciantes y por supuesto el Papado, que es la autoridad máxima. Surgen mapamundis asombrosos, que contienen información extraordinaria. Andrea Walsperger, que confecciona uno en el 1448, dibuja un Continente que abarca de polo a polo, con una cordillera como columna vertebral y conteniendo datos referentes al paraíso terrenal en la boca del río Orinoco, claramente dibujado. Posteriormente, Enricus Martellus es el que termina su versión, que Colón conocía perfectamente bien. Data del año 1489 y nuestro Continente se presenta como una enorme península que tiene contacto territorial con el Asia, por medio de una península que se interna en el "Signus Magnum", o sea el Pacífico. Colón, al llegar a nuestro mundo, creyó al pie de la letra esta versión y comunicó a sus reyes: "Como Vuestras Altezas saben, muy poco ha que no se sabía de otra tierra firme que la que Ptolomeo es-

cribió... y ahora parece la verdad y parecerá antes de mucho tiempo más largo. Y si ésta es tierra firme, es cosa de admiración y será entre todos los sabios, pues un grande río sale que haga un mar dulce... y si de allí el paraíso no sale, parece mayor maravilla."

Colón sabía perfectamente dónde estaba, bastaba mirar el mapamundi de Martellus para ubicarse sin dificultad alguna.

Voy ahora a referirme a la fantasía del "nauta desconocido" (muy del gusto de los anticolombistas). Tal personaje supuestamente estuvo en América antes que Colón, y luego se encuentra con él, presumiblemente en una playa de las islas de Cabo Verde. Allí, agonizante y sin ningún testigo, entrega sus cartas geográficas a Colón, quien casualmente pasaba solitario por ese sitio. Colón se retira con los mapas y el desconocido marino muere sin dejar rastro alguno.

Realmente cuesta creer que uno haya perdido el tiempo en leer cuentos como éste. Es verdad que Colón tenía mapas y cartas geográficas, pero eran las de uso común entre los navegantes expertos, como lo era Colón. No debemos olvidar que no sólo él dice en sus escritos haber navegado en el mar del Norte a las órdenes de los reyes de Dinamarca y haber visitado Inglaterra e Islandia, sino que, una vez allí, no sería extraño que le hubieran hablado de las tierras que todos conocían al otro lado del Atlántico y que ya estaban descubiertas hasta la isla de Terranova desde cuatro siglos antes.

Lo que sí sabemos muy bien, es que Colón se casa con la hija de un experto navegante portugués que está instalado en las Islas de Cabo Verde, y que si de allí se hace uno a la mar es absolutamente obligatorio pasar por las cercanías de lo que fue el Nuevo Mundo, a menos que uno prefiera navegar únicamente en dirección a Europa y viceversa.

Es indudable, y así lo dice Colón, que su suegro le entregó todos sus mapas y estudios cartográficos sobre los mares que rodean las islas. Casualmente, las costas de la América Central. Es posible, y en esto estoy a favor de la tesis, como sostiene el escritor peruano Luis Ulloa, que Colón haya estado en América en un viaje anterior al de 1492. Por ello, su seguridad de encontrar tierra en el océano. Pero también es posible que haya estado Perestrello, su suegro, o ambos, ya que también navegaron juntos cuando se casó con Colón su hija y ambos estaban destacados en Cabo Verde a las órdenes de los reyes de Portugal. Además, bien sabemos lo partidarios que éstos fueron de los viajes de exploración. Si más tarde los reyes de Portugal no aceptaron apoyar a Colón en su empresa de cruzar el Atlántico, fue simplemente porque otros navegantes a sus órdenes habían doblado el Cabo de Buena Esperanza y tenían un camino asegurado para llegar a las Indias sin correr ningún albur del tipo y riesgo como el que presentaba el señor Colón,

que, al fin y al cabo, y en concreto, no había presentado ninguna prueba de que esas tierras fuesen las del Gran Khan de la fantasía, que eran las únicas que interesaban. ¿Eran realmente las riquísimas tierras de las Indias, de las que hablaban Rubruquis, Marco Polo, Odorico de Pordenone y otros embajadores de los comerciantes italianos y de los Papas? Era dudoso, había otra ruta larga pero segura, el Cabo de Buena Esperanza. Fue por eso que Colón no consiguió convencer a los reyes de Portugal y tuvo que peregrinar a España en busca del apoyo de sus monarcas.

Pero hay algo más, y esto es muy importante. El mapa de Africa de la Biblioteca Laurensiana, datado en el año 1451, nos muestra sus costas hasta el Sur, inclusive lo que hoy llamamos Cabo de Buena Esperanza. De esto se infiere con seguridad que no fue Bartolomé Díaz el primero que lo dobló. Los italianos llamaron a las tierras descubiertas por Colón "nuovamente ritrovati", y sostienen que no eran tierras desconocidas sino olvidadas y vueltas a encontrar.

Los primeros anuncios de Colón al regresar de su primer viaje, no causaron ningún revuelo en Europa. Todos los eruditos sabían que Ptolomeo y sus seguidores las habían dibujado. Las Casas, contemporáneo, nos dice que "Colón, en su primer viaje, consultaba una carta de marear... donde tenía pintadas estas Indias e Islas".

Finalmente, en el mapamundi de Enricus Martellus Germanus se exhibe la totalidad del Continente americano, años antes del viaje de Colón. El ejemplar existente en el Museo Británico de Londres, muestra la masa continental del Brasil y los ríos Orinoco y Amazonas, los afluentes del Paraguay y al sur, la Patagonia con la península de Valdéz y el río Chubut, terminando con una isla que podría ser Tierra del Fuego.

No hay dudas de que el continente americano era conocido desde la antigüedad. Colón tuvo todos los mapas, nadie lo desconoce. No fue, pues, el encuentro con un continente inesperado, que surgió de golpe de los mares; no, fue un reencuentro con una tierra que por muchos años no fue necesaria ni útil y, que por lo tanto, se la dejó de lado y no se la valoró hasta que los turcos otomanos irrumpieron en Constantinopla y pusieron en peligro a la Cristiandad.

Para aclarar más aún este tema, surge en los últimos años una "novedad" de cinco siglos de antigüedad, que, hasta hace pocos años se desconocía: se ponen en conocimiento público, las "Capitulaciones" entre los Reyes Católicos y Cristóbal Colón, por las cuales se establecen las condiciones para el viaje. El título de Almirante, el de Virrey, el Gobierno de todas las tierras "que ha descubierto y otras". Sí, el tiempo del verbo ha cambiado. La historia de Las Casas habla de las tierras que "ha descubrir". Esto obedece, a nuestro criterio, a los pleitos que la Corona de

España está llevando adelante contra los descendientes de Colón y se trata de un intento coordinado de los poderes de entonces de disminuir los méritos del Almirante. Uno de los argumentos de la Corona, y probablemente el más fuerte, era que Colón no había llegado a cumplir la misión que se le encomendara, vale decir, llegar a las Indias, o sea al Asia. Esto es muy sutil, pero el hecho real es que se usó; lo que no se dijo es que las tierras descubiertas formaban parte hasta el día de su descubrimiento del continente asiático. De esto no le cabe duda a nadie. América no existía, era un apéndice lejano, distante, poco importante, sí, pero asiático. Como era asiática su población, su cultura inicial, su escaso comercio y su único contacto con el resto del planeta. Es más, si hiciéramos un análisis sobre qué hubiese pasado en el mundo si Europa no hubiese descubierto estas tierras, llegaríamos a la conclusión inevitable que ellas habrían sido colonizadas e incorporadas definitivamente al continente al que siempre pertenecieron: ASIA.

Todo esto viene al caso, porque es el motivo por el cual se ha ocultado durante años la ligera -pero muy importante- deformación del verbo "descubrir", dándole un sentido futuro cuando en realidad aludía al pasado. Vale decir, que Colón había ya descubierto estas tierras.

Se puede aducir que no forzosamente quiere decir que sea un descubrimiento personal. El descubrimiento puede ser válido por mapas y planos geográficos, pero, personalmente, como dije al comienzo, creo que Cristóbal Colón estuvo en estas tierras antes del 12 de octubre de 1492.

El viaje definitivo se realizó con toda la documentación en orden. Cartas de presentación del Almirante, firmadas por los Reyes de España y dirigidas a los príncipes de Oriente y una, muy especial, al Gran Khan de la Tartaria. Después de este dato, ¿qué duda cabe del destino final?

Bartolomé Colón, que acompañó a su hermano en este viaje, dice al respecto que el Almirante hubiese seguido su viaje en dirección de Oriente de haberse dado esa posibilidad, y que si no lo hizo, fue por no haber encontrado un paso y no contar con provisiones aseguradas durante el eventual trayecto.

El 15 de septiembre de 1492 los marineros juzgan que estaban cerca de alguna isla, pero el Almirante dice: "no de tierra firme, porque la tierra firme hago más adelante". De noche mandan aminorar la marcha para no sorprenderse con la tierra sin aviso previo. A los sublevados del 7 de octubre pide un plazo de siete días para llegar a tierra y manifiesta que "él había venido a las Indias". Como argumento. ¿cabe algo más? Si el 12 de octubre Rodrigo de Triana grita ¡Tierra!, está todo dicho.

Dire para finalizar que pese a todo lo que se haya expresado al respecto, no puede dudarse de la gloria de Colón. El fue quien se subió

a una carabela y nos trajo de regreso un continente entero y así, de su mano, lo dejó depositado a los pies de España, es decir de la civilización greco-romana-cristiana. Con eso solo, sobra gloria para el Gran Almirante.

Por supuesto que sabía a donde iba. El mito de un Colón obsesionado, y casi desequilibrado, soñando fantasías en la proa de un barco, es un invento interesado de sus detractores, con el objeto deliberado de desprestigiarlo y disminuir su épica saga. No les haremos el juego.

Diremos, sí, que nunca estuvo equivocado cuando sostuvo que había llegado al Asia, por la simple razón de que efectivamente había llegado allí. Lo que luego fue América, siempre fue un apéndice, una prolongación del continente asiático y si todo esto fuera poco, tengo la más absoluta convicción de que, de no haberse llevado a cabo la epopeya colombina, hoy nuestra América sería un continente conquistado y ocupado por los pueblos asiáticos. La religión del Islan dominaría el mundo, ya que, habiendo incorporado a su acervo tamaña tierra, el cristianismo estaría en inferioridad de condiciones frente a él.

Y ahora sí cabe una pregunta para los hombres de fe: ¿habrá sido aquel excelente marino, cartógrafo y navegante un instrumento de una voluntad superior a la nuestra? Concretamente: ¿del Sumo Hacedor? Esta respuesta no podremos darla, pero sí pensarla.